

ESCENA IV.

Un aposento de la casa de Piccolomini.

OCTAVIO PICCOLOMINI, preparado para el viaje, y
UN AYUDANTE.

OCTAVIO.—Están ahí los soldados que pedís?

EL AYUDANTE.—Esperan abajo.

OCTAVIO.—¿Son seguros, Ayudante? ¿A qué regimiento pertenecen?

EL AYUDANTE.—Al de Tiefenbach.

OCTAVIO.—Es un regimiento fiel. Que aguarden tranquilos en el patio de detrás, y que nadie se deje ver hasta que yo dé la señal; entonces se cerrará la casa, y se vigilará con mucho cuidado, y todo el que éntre quedará prisionero. (Vase el Ayudante.) Creo, en verdad, que no habrá necesidad de sus servicios, porque estoy convencido de que no me engañan mis cálculos. Pero se trata de asuntos del Emperador; el juego es peligroso, y vale más pecar de precavido que de negligente.

ESCENA V.

OCTAVIO PICCOLOMINI, e ISOLANI que entra.

ISOLANI.—Aquí estoy... Pero ¿quién vendrá de los otros?

OCTAVIO. (Con misterio.)—Escuchad antes una palabra, Conde Isolani.

ISOLANI. (También con misterio.)—¿Todo va bien? ¿Quiere el Príncipe emprender algo? Tened en mi confianza. Haced la prueba.

OCTAVIO.—Podrá suceder que la haga.

ISOLANI.—Compañero, yo no soy de los que hablan mucho, y, cuando llega el momento de obrar, se esquivan vergonzosamente. El Duque ha sido un amigo para mí. Dios sabe que es así. Todo se lo debo, y puede contar con mi fidelidad.

OCTAVIO.—Se verá.

ISOLANI.—Tened en cuenta, sin embargo, que no todos piensan así. Muchos hay todavía partidarios de la corte, y opinan que sus firmas, estampadas con engaño no ha mucho, á nada los obliga.

OCTAVIO.—¿Es posible? ¿Podréis decir quiénes sean?

ISOLANI.—¿Diablo! Todos los alemanes lo dan á entender. Esterhazy, Kamintz y Deodati dicen también ahora que es preciso obedecer á la corte.

OCTAVIO.—Me alegro.

ISOLANI.—¿Os alegráis?

OCTAVIO.—De que el Emperador tenga aún buenos amigos y valientes servidores.

ISOLANI.—No os chanceéis. No son hombres despreciables.

OCTAVIO.—No, seguramente. Libreme Dios de chancearme. Me regocija sobremanera que tenga la buena causa tanta fuerza.

ISOLANI.—¿Qué diantre! ¿Cómo así?... ¿No sois, pues, de los nuestros?... ¿A qué he venido yo aquí?

OCTAVIO. (Con gravedad.)—Para que declaréis rotunda y categóricamente, si os habéis de llamar amigo ó enemigo del Emperador.

ISOLANI. (Con orgullo.)—Lo declararé á quien tenga derecho para preguntármelo.

OCTAVIO.—Este papel os dirá si tengo ó no facultades para ello.

ISOLANI.—¿Co... cómo? Está escrito por el Emperador, y lleva su sello. (Lee.) «Todos los jefes de nuestro ejército, á nuestro amado y fiel capitán general Piccolomini, como á Nos mismo»... ¡Ah!... ¡sí!... ¡bien!... ¡sí, sí! ¡Yo... os felicito, mi capitán general!

OCTAVIO.—¿Obedecéis esta orden?

ISOLANI.—Yo... pero me sorprendéis de manera... Se me dará tiempo para pensarlo... lo espero.

OCTAVIO.—Dos minutos.

ISOLANI.—El caso es, ¡Dios mío!...

OCTAVIO.—Clara y sencillamente. Habéis de declarar si queréis hacer traición á vuestro señor, ó serle fiel.

ISOLANI.—Traición. ¡Santo Dios!... ¿quién habla de traición?

OCTAVIO.—El caso es este. El Príncipe es un traidor, y quiere pasarse con el ejército al enemigo. Declaraos breve y categóricamente. ¿Optáis por perjuraros contra el Emperador? ¿Por venderos al enemigo? ¿Qué decís?

ISOLANI.—¿Qué pensáis, pues? ¿Perjurarme yo, faltando á la Majestad Imperial? ¿Lo he dicho yo? ¿Cuándo lo he dicho?

OCTAVIO.—Nada habéis dicho todavía, nada todavía. Esperaba, por tanto, que lo dijerais.

ISOLANI.—Tened en cuenta, y esto me place, que habéis confesado vos mismo, que yo nada de eso he dicho.

OCTAVIO.—¿Declaráis, por consiguiente, que os separáis del Príncipe?

ISOLANI.—Si maquina traiciones... la traición disuelve todos los vínculos.

OCTAVIO.—¿Y estáis resuelto á combatir contra él?

ISOLANI.—Débole beneficios... sin embargo, si es un traidor, ¡que Dios lo castigue! la cuenta está pagada.

OCTAVIO.—Me place que sigáis la buena senda. Esta noche os ponéis en marcha sigilosamente con todas las tropas ligeras. Hay que aparentar que la orden dimana del mismo Duque. Frauenberg es el punto de reunión, y ya allí, recibiréis órdenes de Gallas.

ISOLANI.—Así se hará. Decid al Emperador cuáles han sido mis buenos propósitos.

OCTAVIO.—Los alabaré. (Al irse Isolani entra un criado.) ¡El coronel Butler? ¡Bien!

ISOLANI. (Que vuelve.)—Perdonadme, anciano compañero, mi natural rudeza. ¡Dios mío! ¿Cómo había yo de adivinar que me encontraba delante de tan gran personaje?

OCTAVIO.—Está bien.

ISOLANI.—Soy de genio alegre, á pesar de mis años, y, aunque se me haya escapado alguna palabra ligera sobre la corte, debida á la influencia de Baco, ha sido, como sabéis, sin mala intención. (Vase.)

OCTAVIO.—No tengáis cuidado... Por aquí vamos bien. Ojalá nos suceda lo mismo con el otro.

ESCENA VI.

OCTAVIO PICCOLOMINI, BUTLER.

BUTLER.—A vuestras órdenes, general.

OCTAVIO.—Bienvenido seáis, como huésped y apreciable amigo.

BUTLER.—Honor demasiado grande para mí.

OCTAVIO. (Después de sentarse los dos.)—No habéis hecho caso de la indicación que os hice ayer, calificándola acaso de vana fórmula; pero aquel deseo era cordial, y os lo expresaba con toda seriedad, porque esta es ocasión, en que deben juntarse todos los buenos.

BUTLER.—Sólo los que opinan lo mismo deben reunirse.

OCTAVIO.—Y yo creo que todos los buenos piensan así. Para mí, en tanto tienen valor los actos humanos, en cuanto son efecto pacífico de su carácter, porque el ciego poder del error aparta al bueno á menudo del camino recto. ¿Habéis pasado por Frauenberg? ¿Nada os ha confiado el Conde Gallas? Decídmelo. Es amigo mío.

BUTLER.—Sólo me ha hablado algunas palabras perdidas.

OCTAVIO.—Lo oigo con pena, porque su consejo era sano. Yo os lo hubiera dado también.

BUTLER.—Excusaos esa molestia... y á mí el compromiso de mostrarme indigno de favor tan apreciable.

OCTAVIO.—La ocasión es crítica, y debemos hablar sin ambages. Ya sabéis cuál es aquí el estado de las cosas. El Duque maquina una traición, y hasta puedo deciros que la ha realizado; la alianza con el enemigo se ha concluído pocas horas hace. Sus correos galopan ya hacia Egra y Praga, y mañana nos llevará á reunirnos al enemigo. Pero se engaña, porque la prudencia lo vigila, y el Emperador cuenta aquí con leales servidores, y su invisible poder es fuerte. Este manifiesto lo proscribire, absuelve al ejército de la obediencia que le debe, y exhorta á todos los fieles á acatar sus órdenes. Decidios, pues, á defender con nosotros la buena causa, ó á participar de los males de la desleal.

BUTLER. (Levantándose.)—Su suerte es la mía.

OCTAVIO.—¿Es esta vuestra última resolución?

BUTLER.—Sí.

OCTAVIO.—Reflexionad, coronel Butler. Todavía tenéis tiempo para hacerlo. En mi pecho leal quedarán sepultadas vuestras palabras ligeras. Retroceded. Elegid mejor partido. El bueno no es el vuestro.

BUTLER.—¿Tenéis algo que mandarme, mi general?

OCTAVIO.—Recordad que tenéis los cabellos blancos. Retroceded.

BUTLER.—¡Adiós!

OCTAVIO.—¿Cómo? Desenvainaréis vuestra valiente espada para tomar parte en tal contienda? ¿Querréis trocar en maldiciones la gratitud que merecéis al Austria, después de cuarenta años de servicios?

BUTLER. (Sonriendo con amargura.)—¿Gratitud de la casa de Austria? (Hace ademán de irse.)

OCTAVIO. (Que lo deja ir hasta la puerta, y después lo llama.) ¡Butler!

BUTLER.—¿Qué deseáis?

OCTAVIO.—¿Qué sucedió con el negocio del condado?

BUTLER.—¿El condado? ¿Qué condado?

OCTAVIO.—Aludo al título de conde.

BUTLER. (Colérico.)—¡El infierno me confunda!

OCTAVIO. (Con frialdad.)—Lo pretendisteis. Os lo han negado.

BUTLER.—No me avergonzaréis impunemente. ¡Sacad la espada!

OCTAVIO.—¡Envainadla! Decidme con tranquilidad cómo ha sido esto. Después no rehusaré la satisfacción que me pedis.

BUTLER.—¿Todo el mundo ha de tener noticia de una debilidad, que jamás podré perdonarme?—Sí, mi General. Soy ambicioso, y nunca he podido sufrir que se me trate con desprecio. Doliame que el nacimiento y los títulos valiesen más en el ejército que los servicios. No quería ser de peor condición que mis iguales, y en una hora infausta me dejé arrastrar á ese paso... ¡Era una locura! Pero no merecía que me tratasen tan despiadadamente. Bastaba que me lo hubieran rehusado... ¿Por qué, pues, á esa negación había de acompañar tan ofensivo desprecio, tratándose de un anciano, de un fiel servidor, humillándolo con fría crueldad, y mofándose tan groseramente de su baja alcurnia, sólo por haberla olvidado en una hora fa-

tal? La naturaleza, sin embargo, ha dado al insecto su aguijón para castigar al que se burla de él en su orgullo...

OCTAVIO.—Sin duda os han calumniado. ¿Podréis imaginar quién os ha prestado tan grato servicio?

BUTLER.—¿Sea quienquiera! Algún bajo personaje, algún cortesano, un español, quizás el hijo de alguna familia ilustre, á quien haya yo ofendido, algún envidioso, á quien atormentaba mi cargo, ganado sólo por mi propio mérito.

OCTAVIO.—Decidme: ¿el Duque aprobó vuestra pretensión?

BUTLER.—El mismo me excitó á hacerla, y se interesó por mí con tanta nobleza como ardiente amistad.

OCTAVIO.—¿Qué decís? ¿Estáis seguro?

BUTLER.—Yo mismo lei la carta.

OCTAVIO. (Con intención.)—Yo también... pero era muy al revés de lo que afirmáis. (Butler se queda atónito.) Ha llegado á mis manos por casualidad, y podéis leerla.

(Entrégale la carta.)

BUTLER.—¡Ah! ¿Qué es esto?

OCTAVIO.—Mucho me temo, coronel Butler, que se han burlado ignominiosamente de vos. ¿El Duque, según decís, os excitó á que dieseis este paso? En esta carta habla con mofa de vuestra persona, y aconseja al Ministro que castigue vuestra presunción, como él la llama. (Después de leer la carta, tiemblan las rodillas de Butler; coge una silla, y se sienta.) Ningún enemigo os persigue. Nadie os quiere mal. Imputad sólo al Duque la afrenta que recibís. Claro es su objeto. Quería apartaros del servicio de nuestro Emperador... Esperaba conseguir de vuestro desec de vengaros lo que no hubiese logrado nunca de vuestra lealtad, en el tranquilo uso de vuestra razón. Intentaba convertirlos en ciego instrumento suyo, en cómplice digno de desprecio, de

sus punibles proyectos. Lo ha conseguido, sin duda. Más allá de lo que creía os ha alejado de la buena senda, que habíais recorrido durante cuarenta años.

BUTLER. (Con voz temblorosa.)—¿S. M. el Emperador puede perdonarme?

OCTAVIO.—Hace más. Borra la ofensa inferida sin razón á un hombre respetable. Libremente os concede la gracia, que con tan censurable propósito pidió el Príncipe para vos. El regimiento que mandáis es vuestro. (Butler intenta levantarse, y no puede. Su emoción es tan grande, que quiere hablar y queda mudo. Por último, desenvaina su espada, y la presenta á Piccolomini.)

OCTAVIO.—¿Qué pretendéis? Sosegaos.

BUTLER.—¡Tomad!

OCTAVIO.—¿Para qué? Pensad lo que hacéis.

BUTLER.—¡Tomadla! No soy digno de llevarla.

OCTAVIO.—Recibidla de nuevo de mi mano, y manejadla siempre en defensa de la justicia.

BUTLER.—He sido desleal con tan clemente Emperador.

OCTAVIO.—Enmendaos. Separaos pronto del Duque.

BUTLER.—¿Separarme de él?

OCTAVIO.—¿Cómo? ¿Qué meditáis?

BUTLER. (Con tono amenazador.)—¿Sólo separarme de él? ¡Oh! ¡Ha de morir!

OCTAVIO.—Seguidme á Frauenberg, en donde se reúnen todos los buenos, con Gallas y Altringer. Otros muchos han vuelto por mi causa á la senda del deber, y esta misma noche huyen de Pilsen.

BUTLER. (Que se pasea iracundo, y se acerca á Octavio con expresión resuelta.)—¿Conde Piccolomini! El hombre que ha sido traidor, ¿puede hablaros de honra?

OCTAVIO.—Puede hacerlo quien tan de corazón se arropiante.

BUTLER.—Dejadme, pues, aquí, bajo mi palabra de honor.

OCTAVIO. —¿Qué pensáis hacer?

BUTLER. —Permitid que me quede en Pilsen con mi regimiento.

OCTAVIO. —Tengo en vos confianza. Decidme, sin embargo, cuáles son vuestros proyectos.

BUTLER. —Los hechos lo dirán. No me preguntéis más. Fiáos de mí. Podéis hacerlo, ¡por Dios Santo! No lo dejáis aquí en manos de su buen ángel. Adiós.

UN CRIADO. (Con un billete.) —Lo ha traído uno, á quien no conozco, que desapareció en seguida. Los caballos del Príncipe están abajo ya. (Vase.)

OCTAVIO. (Leyendo.) —«Partid sin tardanza. —Vuestro fiel ISOLANI.» Ojalá que esta ciudad estuviera ya lejos de mí. Tan cerca del puerto, ¿había de naufragar? ¡Vámonos, vámonos! Ya no hay aquí seguridad para mí. Pero ¿en dónde está mi hijo?

ESCENA VII.

Los dos PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. (Que se acerca profundamente agitado; sus miradas son feroces, incierto su paso; parece como que no repara en su padre, que lo mira desde lejos con lástima. Recorre el aposento dando grandes pasos, hasta que se pára y se arroja en una silla, distraído y con la vista fija.)

OCTAVIO. (Acercándose á él.) —Yo parto, hijo mío. (No recibiendo respuesta alguna, le toma una mano.) Hijo mío, ¡adiós!

MAXIMILIANO. —¡Adiós!

OCTAVIO. —¿Me seguirás sin tardanza?

MAXIMILIANO. (Sin mirarlo.) ¿Yo á tí? Tu senda es torcida, la mía no. (Octavio suelta su mano y retrocede.) ¡Oh! si tú hubieras sido verdadero y probó, no hubiésemos llegado á

este punto, y las cosas irían de otra manera. Él no hubiese apelado á tan terrible extremo; los buenos lo hubieran contenido, y no cayera en las redes de los perversos. ¿Por qué, espiándolo en secreto y con doblez, te has deslizado junto á él como lo hubiera hecho un malhechor, ó un cómplice de malhechores? ¡Malaventurada falsedad, madre de todo mal! Tú no traes más que desdichas, no acarreas más que ruina. La franqueza, sin disfraces de ningún género, dominadora del mundo, nos hubiese salvado á todos. No puedo disculparte, oh padre. El Duque me ha engañado horriblemente, y tú no me has tratado mejor.

OCTAVIO. —Yo perdono, hijo mío, tu dolor.

MAXIMILIANO. (Que se levanta y lo contempla con desconfianza.) —¿Será posible, oh padre? ¿Será, oh padre, posible, que deliberadamente hayas llegado á tal extremo? Su caída es tu pedestal. Esto no me agrada, oh padre.

OCTAVIO. —¿Dios del cielo!

MAXIMILIANO. —¡Ay de mí! El orden natural no existe ya para mí, sino sólo el caos. ¿Cómo no ha de deslizarse la sospecha en mi alma virgen? La confianza, la fe, la esperanza no existen ya para mí, porque me ha engañado lo que más estimaba. ¡No, no! ¡Todo no! Ella vive para mí todavía, y es sincera y pura como el cielo. En rededor mio veo tan sólo el engaño, la hipocresía, el asesinato, el veneno, la envidia y la traición. Sólo nuestro amor es puro; él sólo no ha sido profanado aún.

OCTAVIO. —Maximiliano, sígueme voluntariamente. Esto será lo mejor.

MAXIMILIANO. —¿Cómo? ¿Antes de despedirme de ella? ¿De darle el último adiós?... ¡Jamás!

OCTAVIO. —Evita los tormentos de esa separación, de todo punto necesaria. ¡Ven conmigo! ¡Ven, hijo mío! (Quiere llevárselo.)

MAXIMILIANO. —No, tan verdad como Dios existe.

OCTAVIO. (Instándole vivamente.)—¡Ven conmigo! ¡Yo, tu padre, te lo mando!

MAXIMILIANO.—Mándame lo que el hombre pueda hacer. Yo me quedo.

OCTAVIO.—Sígueme, Maximiliano; yo te lo mando en nombre del Emperador.

MAXIMILIANO.—El Emperador no manda en mi corazón. ¿Querrás tú arrebatarme también su compasión, único bien que me deja mi desventura? ¿Lo que es horrible en sí, ha de agravarse aún más? ¿Mi resolución inexorable ha de trocarse en bajeza? ¿He de separarme de ella en secreto, y huyendo cobardemente, como un hombre indigno? Ha de conocer mis sufrimientos, mi dolor; oír los ayes de mi alma desgarrada, y derramar lágrimas por mí... ¡Oh! los hombres son crueles, ella un ángel. Librará á mi pecho de rabiosa y horrible desesperación, y, misericordiosa, aliviará mi mortal agonía con palabras de consuelo.

OCTAVIO.—No te separarás de ella, no podrás hacerlo. ¡Vente, hijo mío, vente y salva tu virtud!

MAXIMILIANO.—No proferas palabras inútiles. Sigo los impulsos de mi corazón, porque sólo de él me fio.

OCTAVIO. (Fuera de sí y temblando.)—¡Maximiliano, Maximiliano! Si me asalta la horrible calamidad de que tú... mi hijo... mi propia sangre... ¡no me atrevo á pensarlo!... cometas tal infamia, y deslustres la limpia fama de nuestra casa, el mundo contemplará nefando espectáculo, y en lucha pavorosa la sangre del padre correrá bajo la espada del hijo.

MAXIMILIANO.—¡Oh! Si hubieses pensado mejor de los hombres, hubiera sido tu conducta más loable. ¡Maldita sospecha! ¡Duda lamentable! Nada hay para ella estable ni firme; todo vacila, si la falta.

OCTAVIO.—Y si yo me fio de tu corazón, ¿estará en tu mano obedecerlo siempre?

MAXIMILIANO.—Tú no has logrado doblegarlo, y tampoco podrá el Duque conseguirlo.

OCTAVIO.—¡Oh Maximiliano! Ya no te veré más.

MAXIMILIANO.—Indigno de tí, ¡nunca!

OCTAVIO.—Yo voy á Frauenberg, y dejo aquí, para protegerte, los soldados de Pappenheim, de Lorena, de Toscana y de Tiefenbach. Te aman y son fieles, y preferirán morir peleando, á separarse de su jefe y de la senda del honor.

MAXIMILIANO.—Descansa, pues; ó dejo aquí la vida combatiendo, ó lo saco de Pilsen.

OCTAVIO. (Haciendo ademán de marchar.)—¡Adiós, hijo mío!

MAXIMILIANO.—¡Adiós!

OCTAVIO.—¿Cómo? ¿Ni una mirada afectuosa, ni estrechar mi mano al despedirnos? Sangrienta será la guerra que nos amenaza, y su término oscuro é incierto. Así no nos separábamos antes. ¿Es, pues, verdad que yo no tengo ya hijo? (Maximiliano se arroja en sus brazos; ambos se abrazan estrechamente en silencio, y después se alejan en dirección opuesta.)